

Rodolfo Holzmann on his 75th Birthday

Semblanza de un maestro

Luis Antonio Meza

RODOLFO HOLZMANN nació hace exactamente 75 años en Breslau, Alemania. Su talento, sobresaliente, encontró adecuado cauce en la sólida formación y disciplina profesional que un país de tal tradición y recursos puede brindar, señaladamente en ese campo. Después de finalizar sus estudios, que realizó con algunos de los más notables pedagogos de aquel tiempo y lugar, como Robistchek, Rosenthal, Vogel y Scherchen, emigró a esta América que aparecía cual remanso virgen y promisor para quienes pudieron escapar a tiempo de la inminente hecatombe europea.

Fue así que llegó a nuestras costas, conjuntamente con una pléyade de excelentes músicos venidos a estos lares por razones similares, que contribuyeron a dar impulso y fisonomía a la naciente Orquesta Sinfónica Nacional, posible recién, en gran parte, gracias a su presencia, y también a la Academia Nacional de Música "Alcedo".

La tarea artística del maestro germano encontró campo fértil. Instrumentista versátil, se incorporó como violinista al incipiente conjunto, aunque igual hubiera podido hacerlo como oboísta o pianista. Asimismo, ingresó, como profesor de cursos teóricos superiores, al plantel docente de la plácida academia de aquellos años que ahora parecen tan remotos, y que era poco más que un centro de enseñanza de piano, canto y declamación, desde donde su influencia en el desarrollo y evolución de la música peruana se hizo cada vez mayor y, en nuestra opinión, decisiva.

Se la puede citar en varios aspectos. Uno, que trasciende el claustro, es el de la difusión. Lima, y el Perú tras ella, gozaban con indolencia y pereza, y aún bien mediada la centuria, de una vida musical de tinte finisecular que incluía, con esfuerzo, hasta el impresionismo más tenue de Debussy y Ravel. Los grandes movimientos transformadores de las primeras décadas, con sus epigonos Strawinski y Schoenberg, eran ignorados o rechazados con hostilidad y prejuicio, para no hablar siquiera de lo más avanzado o experimental.

Holzmann rompió con esa inercia. Sus esfuerzos en pro del "aggiornamiento" que, por cierto, no fueron ni los primeros ni los únicos, pero si los más constantes, enterados y eficaces, dieron un vuelco a la desinformada afición capitalina. No fue fácil ni grato. Como todos los precursores, sufrió incompreensión, envidia y rechazo; gajes del oficio, que conoce demasiado bien.

Pero el aspecto que interesa más a efectos de esta nota, es el de su magisterio, y hacemos hincapié en el término, ya que se trata de relaciones entre maestro y discípulos, no entre profesor y alumnos. Fue ejercida, principalmente, en el Conservatorio Nacional, creado en la década del 40, en un momento en que soplaban propicios vientos de renovación, y que alcanzó un alto nivel académico debido, precisamente, a su impronta magistral y ya definitivamente peruana, para entonces.

Sin desconocer otros muy meritorios empeños y valiosas influencias, nos creemos con autoridad sufi-

ciente para declarar de la manera más enfática, que no existe otra personalidad musical que haya tenido gravitación tan decisiva en el forjamiento de un par de generaciones de compositores y directores de orquesta; es decir, la cima de la profesión musical, con una formación que, si bien, sólo en pocos casos llegó a lo integral, en todos mostró siempre el sello de la devoción, disciplina y máxima solvencia.

No queremos hacer un recuento onomástico y correr el riesgo de omisiones; así, solamente, en sus dos extremos, mencionamos a la ya extinta Rosa Alarco, como su discípula más antigua, y a Carmen Moral, como la más joven. Nuestros músicos cuyas edades se incluyen entre ambas referencias, han sido, casi sin excepción, y en mayor o menor grado, sus discípulos; señaladamente aquel semillero que, en desorden estilístico, se agrupa un tanto forzadamente y a falta de algo mejor, bajo el nombre de "generación del 50."

En todo caso, si se considera el sitio que en el panorama de la música peruana, dentro y fuera del país, han alcanzado algunos de ellos, convendremos en que no resulta excesivo el epíteto de "maestro de maestros" que se le ha otorgado alguna vez.

No menos importante es su obra de compositor. Vasta, temprana, sabia, abarca todos los géneros. Señalamos apenas, y sin ningún comentario, algunos de sus títulos: "Dulcinea", Movimientos obstinatos, Dedicata, Quinteto Trimódico, Pequeña Suite, Sinfonía "Huánuco", "Concierto para la Ciudad Blanca", etc.

Aunque gran parte de ella ha sido estrenada y repuesta varias veces, y otra se puede encontrar en ediciones impresas o sonoras, no siendo, tampoco,

escasa la que ha merecido honores y premios, también es importante la que no ha sido ejecutada todavía. Muchas razones concurren a ello, siendo la principal una preterición injusta, pero también la precariedad del medio. Por ejemplo, en estos momentos en que figuran en cargos ejecutivos de la OSN dos de sus discípulos, que hubieran querido dedicarle, por lo menos, un concierto homenaje, el conjunto carece por completo de los recursos para ello. Y así sucede igualmente con la Escuela Nacional de Música . . .

Para finalizar, queremos referirnos a otro aspecto de su fructífera y polifacética labor, que compromete en grado sumo la gratitud de su patria de adopción, la de orquestador de veintitantas páginas pianísticas de autores nacionales, que se incorporaron de este modo a un repertorio de mayor jerarquía artística.

Asimismo, y en esta vena peruanista, tampoco debemos olvidar sus profundas investigaciones musicológicas en torno a nuestro pasado musical, traducida en transcripciones y arreglos, ni sus valiosos estudios del acervo vernáculo, ancestral y presente, que ya ha merecido, parcialmente, los honores de la imprenta.

Es tarea amplia, inconclusa y, en cierta manera, inagotable, que desde la sólida estatura de sus tres cuartos de siglo, ejemplares en honestidad y voluntad de servicio, prosigue todavía en un tranquilo y fértil retiro huanuqueño.

El Comercio

Lima, Wednesday, November 27, 1985